

LA SANDÍA

Karin Milagros



Image not found.

Capítulo 1

El falo del objeto de mi deseo representaba prácticamente un dios para mí. Imponente o tímido, majestuoso u ordinario, definitivamente lo adoraba. Verlo era querer besarlos de pies a cabeza hasta que explotase de placer.

Pero si de degustar a mi pequeña se tratara, las cosas eran muy diferentes. Era muy raro disfrutarlo. Difícilmente percibía que alguien lo hacía para satisfacer su propio deseo. Complacerme era el objetivo de la gran mayoría, imposición de una "sociedad porno" que estableció el cunnilingus como parte obligatoria de las preliminares.

En el acto, parecía haber una conversación telepática entre el desorientado, mi pequeña y yo.

— Bueno, llegó la hora de mojarte —parecía decir el muchacho perdido mientras se dirigía a mi princesa, segurísimo de que ese sería el paso a seguir después de algunos besos ardientes.

— ¡No! ¡Pero si ya estoy más que lista! ¡No hay necesidad! ¡Quédate y dámelo ya! —le suplicaba con una expresión de dolor, seguramente interpretada como placer masoquista.

— Bueno, ya déjalo, vamos a darle una oportunidad —defendía mi pequeña complaciente en tanto orientaba con movimientos cadentes al buen samaritano.

El resultado era un placer raso que no compensaba el desgaste energético de mi pobre alma de pantera. Solo otro félido podría salvarme de mi ignorancia sobre el verdadero disfrute del beso de los seis labios.

Fue cuando apareció el león. Con él, la paciencia de mi niña finalmente tuvo sentido.

— ¡Mmmm! ¡Cómo te mojas! — exclamó mientras saboreaba por primera vez mi nido.

Observarlo allá abajo, con solo la mitad de su rostro expuesto, era como apreciar a un experto nadador zambullirse en una laguna de fluidos provocada por sus interesantes disertaciones previas. Él era creador de su propio deleite, una imparable cascada de gozo. Si de mí dependiera, podría quedarse ahí eternamente.

Mientras adoraba a mi niña, acariciaba mis rodillas, lo que aumentaba mi sensación de placer. Su bien cuidada y obstinada melena caía en su rostro y él la retiraba con arte magistral. Quería fotografiar la escena, era

excesivamente bello.

— ¡Qué rico huele! ¡Qué rica es! — balbuceó entre líquidos, casi en trance, sin querer despegarse de mi pequeña.

A partir de ese momento, se dedicó de cuerpo, alma y espíritu a besarla. Parecían ser solo él y ella. Nadie y nada más existía. Yo me había transformado en la espectadora de una combinación perfecta de estímulos que, en más de una oportunidad, me dejó sin aire. Eran pequeñas dulces muertes.

Por primera vez advertía a un hombre deleitándose con tanto afán al beber de mis fluidos. Besaba a mi niña como si de mi boca se tratara, con sus maniobras inusuales y sus labios carnosos presionando y succionando oportunamente su pequeño corazón. Podía hacer pausas, pero no le quitaba los ojos; la observaba, la acariciaba y luego volvía a saborearla como si de un manjar se tratara.

Su deseo me recordaba el primer sólido que había probado después de mi ayuno de siete días. Era una sandía, rojísima y succulenta, su sabor era increíble y la comí suavemente, mordiéndola despacito, dejando cada gota de líquido reposar en mi lengua hasta mezclarse por completo con mi saliva. Mis papilas gustativas estaban tan sensibles que parecía que iría a tener un orgasmo frugal. Comerla fue una gloria.

Ciertamente, si la sandía pudiera hablar, confesaría sentirse como yo en la boca del león: implacablemente deseada y profundamente deseosa de ser devorada en su totalidad.